

Martinillo - Pedro - Tío Lucas - Frascuito Paula  
El Camastrón - Cortinas - Rafael Duénas -  
Patapiña - Palomero - Campanita - El Plumero.

---

Una villa española en el siglo XV. Calles  
torcidas, irregulares, llenas de polvo y de  
sol. Artesanos trabajando en sus diversas la-  
bores. Artieros. Carros. Recuas de mulas. Al-  
gunas viejas embutadas.

Es por la mañana. El sonido de la villa  
se quiebra un momento. Hombres, chiquillos y  
mujeres corren o apresuran el paso en una  
misma dirección. De algunas casas salen  
también gentes que se suman a los transeúntes.  
El objeto de esta curiosidad es un juglar que  
a la puerta del mesón está recitando sus roman-  
ces. La llegada de uno <sup>de estos</sup> juglars a los pequeños  
poblados lleva siempre consigo el mismo  
servicio. Este que ahora recita va de paso ha-  
cia un castillo cercano y al pasar junto a  
la hospedería se ha detenido reclamado por  
el hambre y el deseo de echar un trago. A  
cambio de unas tajadas y unos vasos de vino  
se ha puesto a contar sus historias acompa-  
ñado de un rabel.

La gente se arremolina en torno suyo.  
El juglar anuncia un romance muy curioso  
donde se habla de las aventuras de una don-  
cella guineera. Suenan primero los compass  
de una tonada o melopea, y a continua-  
ción el peregrino ~~se~~ recita lo siguiente:

(Romance de La Doncella Guineera)

Se terminen su recitación el juglar,  
mientras vien, aplauden o gritan maldas y  
chicos, los viejos al marfen del grupo comen-  
tan.

Un viejo. - Lo de siempre... Fantasías de

2 / estos locos... Una mujer entre soldados, cabalgando y fusilando como un hombre... ¿quién se traspasa esa superchería?

Otro viejo. - <sup>Vaya, usteda,</sup> ¡Papas saber, tío Memo! En estos tiempos todo es posible... Poco sé yo de nuestros abuelos ni de los que vivieron antes que ellos; pero tiempo entendido que en nuestra tierra, en esta tierra de espantales, siempre ocurrieron cosas muy peregrinas... Pastores que se hicieron generales... Reyes que dejaron el trono por el claustro... Y mujeres, si señor, mujeres que se portaron como los varones más temidos... ¡Lo que no pasa en Castilla!... Y siempre igual. Hoy lo mismo que ayer. Y mañana...

---

Campanamento fueroillero en una sierra de España. Epoca actual. Es de madrugada. La luna baña el lugar. Los hombres duermen al amparo de un hocquecillo. Sólo vela el Jefe. El Jefe que, en compañía de un viejo - el mismo viejo a quien oímos hacer las últimas reflexiones de la escena anterior -, se lamenta de la difícil situación por que atraviesa la guarnición.

Jefe. - No..., no es fácil mantenerse así mucho tiempo...

Viejo. - No desesperes, Pedro. Otros peores hemos pasado...

Jefe. - ¿Pero <sup>usted lo sabe,</sup> qué está?... Yo no le temo al pelipso..., le temo a esta escasez de hombres... ¡Mata Han dejado en cuadro la guarnición!

Viejo. - Aguardáremos sin atacar hasta reunir otra vez gente.

Jefe. - Pero es que ni así podemos. ¿Y si nos atacan ellos?... ¡Hombres! ¡Necesito hombres!...

---

3 / Cocina rústica de una casa de labor en un pueblo de España. Chimenea de campana al fondo, a donde arden unos troncos. Repartidos por el recinto, cacharros y trébejos. Es de día. Un anciano, sentado en un sillón, solloza. Tres mujeres jóvenes le hacen compañía. Una de ellas - Dolores - se convertirá después en el Martiniello de nuestra historia.

Anciano. - ¡No puedo olvidar... No puedo... ¡Asesinos! ¡Cobardes!

Una hija. - Pero, padre... ¿Se va usted a consumir... ¡Así tres días!

Anciano. - ¡Y cien! ¡Y cien mil! ¡Y todo lo que me reste de vida, si no logro vengar estos crímenes! <sup>¡Golanda!</sup> <sup>¡Asesinos!</sup> <sup>¡Dios mío!</sup> <sup>¡Dios mío!</sup> <sup>¡Dios mío!</sup>

Otra hija. - Pruebe a tomar un bocanado, padre... Descanse al menos.

Anciano. - No puedo... ¡No quiero! No, no quiero interrumpir un solo momento este dolor..., este pensamiento que busca y imagina fatigosamente su desquite...  
(Pausa) ¡Asesinar a mi Mathas, que era la flor de esta casa! ¡Llevarse a una provision a mi Lorenzo, que es la inocencia misma!...

Una hija. - Algún día pagarán tanta maldad...

Anciano. - Sí, pero no la pagarán en mis días. No será yo el que dicte su sentencia... y el que la ejecute... Y ellos, ellos, ¡muertra tanto, celebrando su barbarie, sus tropelías... Y yo aquí, solo, inútil, incapaz de ir a buscarlos y arrancarles el corazón...

Dolores. - (Saliedo de su nuntismo. Timidamente) Solo, no, padre... Estoy yo aquí...

Anciano. - Tú... ¿Y qué puedes hacer tú, pequeña?

Dolores. - Padre...

Anciano. - Sí, ¿qué puedes hacer tú para aliviar-me esta llaga?...

4 / Dolores. - Subir al monte...

Anciano. - ¿Al monte? ¿Y qué harás allí?

Dolores. - Unirme a los guerrilleros, pelear a su lado..., vengar a mis hermanos...

Anciano. - (Dubitativo) No podrás. Eres débil...

Dolores. - (Como si no lo oyera) Hace tiempo que lo tenía pensado, padre... Antes de que se llevaran a Matías, Lorenzo. Sí, mucho antes... Sentía deseos de huir, de dejar esta casa donde me puedo sin hacer nada, y seguir la suerte de los del monte... Era como si una voz, una voz tremenda, un vozarrón se hiciera que nadie oyera más que yo, me estuviera llamando constantemente: "¡Ven! ¡Ven!... Aquí está tu puesto! ¡Ven!..."

Anciano. - (Acariciándola) ¡Hija mía!

Dolores. - (Como iluminada) Y ahora, no es sólo la voz. Ahora son también mis hermanos los que me llaman... ¡Tengo que ir, padre! Si usted no me da permiso...

Anciano. - Pero, hija, arriba, entre guerrilleros, no se admiten mujeres...

Dolores. - Yo no seré una mujer; seré un hombre... Me vestiré como un hombre

Anciano. - Te descubrirán... Verán por el cuerpo...

Dolores. - Yo lo sigararé. Yo endureceré ~~este~~ mi cuerpo entre los riscos, bajo la lluvia.

Anciano. - Te desatarán tus ojos...

Dolores. - Mis ojos... ¿Cree usted que en mis ojos hay otra cosa que miradas de furia, de rencor, de venganza?

Anciano. - Notarán que no sirves..., que no

